

RCFS130

**E**ra un tipo flaco, de torno café y calcetines rojos, fumando sobre una media luna amarrada de un cordel y perdido en el inescrutable patio del infinito. Como el dibujo que hizo Coke para la primera edición (1948) de *La Luna era mi tierra*. 14 ediciones seguidas -a la que se sumó el año pasado, la de editorial Planeta- y traducciones al inglés, al vasco y al italiano, dan alguna medida del éxito en que se convirtieron esas 350 páginas llenas de historias delirantes.

El personaje estaba realmente en la luna. Creía que la metafísica era más real que una chequera. Nunca supo imaginarse un cielo o un infierno que no se parecieran a un fondo. Quizás a este país le pasaba por entonces algo parecido. Enrique Araya realizó una operación equivalente a la que décadas más tarde consumaría Woody Allen al reivindicar a su personaje histórico, encantadora y ridículamente angustiado. *La Luna era mi tierra*, se leyó en voz alta, de barrio en barrio, de generación en generación.

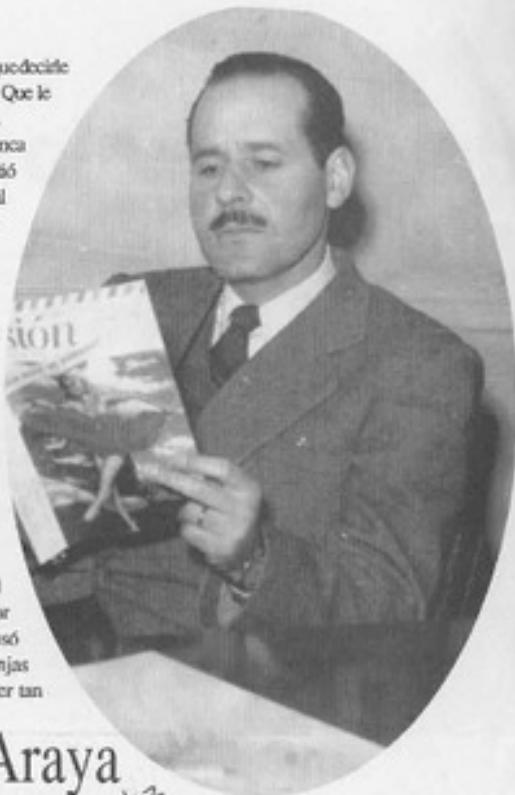
Parecía inevitable que un distraído estudiante de Derecho, derrotado por materias como "La sucesión por causa de muerte" y otros acápite legales terminara dentro de un traje nuevo de huaso, inventándose una endeudada vida de terrateniente que incluía cuatro yeguas nortistas, 50 cabras y un minúsculo predio en bajada donde "no se merecía" el agua. Espectacular ótico a punta de whiskies y mentiras, el personaje de Enrique Araya se llevaba a un funcionario incapaz de distinguir "una vaca de un transatlántico" a comprobar la alta tecnología de un gallinero ajeno. Entrabrazos, cheques a fecha, amores y desastres agrícolas, concluye una novela que se leía de un tirón y que equivalía a 80 de los actuales libros de autoayuda: después de las barbaridades que le pasaban a Eustaquio Arredondo Donoso (sin amargarle en lo más mínimo la vida), cualquier chileno, entendido o no, podía sentirse a salvo.

Pues qué decir que Eustaquio era el propio Enrique Araya. Que cuando terminó ese libro aparentemente fantástico, pero absolutamente autobiográfico, y se lo mostró a

su hermano, éste no tuvo más que decirle que se trataba de una novela. Que le cambiara los nombres y listo.

Fue un éxito del cual nunca se pudo reponer. Cuando asistió a recibir el Premio Municipal de Literatura, Enrique Araya tenía 36 años, 8 hijos y acababa de convertirse en inconsolable (y apetecido) viudo.

"Yo me casaría con él aunque tuviera 32 hijos", comentó Teresa Monge, una belleza de 23 años, el día en que lo conoció: una de sus mejores amigas dudaba, con razón, en pololear con este señor con tanto niño. Cuando volvieron de la luna de miel, el menor tenía dos años. El, por su parte, dijo que nunca pensó que una nitita de las monjas francesas pudiera llegar a ser tan



## Enrique Araya La Luna en



fértil: con ella tuvo siete hijos. De los quince, siete estudiaron Filosofía. A cada uno lo asignaron, y una misión. Vivían despidiendo con los más flacos, atosigándolos de caldos de carne y de zanahoria.

"El era mucho mejor que sus libros", dice uno de sus 40 nietos. "Jugaba a que era

nuestro chofer. Si lo contradecías mucho, te miraba a los ojos y te decía ¡te odio! Era un falso humilde. Tú sabes que yo soy un idiota, decía".

En muchas otras novelas, y en medio de una conversada vida diplomática en Buenos Aires, México, y España, intentó

**AUTORÍA**

Rodríguez Villouta, Mili

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1994

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

La luna en el bolsillo [artículo] Mili Rodríguez Villouta. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)